

¿Hay que pensar en una pastoral para personas con discapacidad?

“Por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu”
(Efesios 2,18)

Para el Papa Francisco la atención brindada a las personas con discapacidad como a los migrantes es paradigmática, porque pone “en juego cómo se vive hoy la lógica de la acogida misericordiosa y de la integración de los más frágiles” (Amoris Laetitia 47).

Este planteo es reflejo de lo que realizó el mismo Jesús, tal como nos muestra el Evangelio. Él se dirigió de manera especial hacia las personas con discapacidad dada su particular situación de pobreza y de exclusión social cuestionando así concepciones religiosas que excluían a ciertas personas.

Dado que en la comunidad eclesial a lo largo del tiempo, aunque hubo excepciones, estuvieron y están presentes ideas erradas, prejuicios y prácticas excluyentes sobre estas personas, es necesario reflexionar sobre esto y proponer una actitud inclusiva que lleve a que las mismas encuentren oportunidades de participación activa en todas las dimensiones de la vida ordinaria de la Iglesia y particularmente como protagonistas de la evangelización.

La expresión de la carta a los efesios “Por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu” propone y sintetiza lo que deber ser la comunidad cristiana y su relación con todos los hombres.

- **“Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti.” (Juan 17,21)**

El Evangelio nos muestra cómo Jesús se dirigió prioritariamente a los que en su época eran desvalorizados o excluidos social y religiosamente para que formen parte de la comunidad, del nuevo pueblo de Dios.

Él no hizo acepción de personas (Lc.20,21), sino que anunció su Palabra a cada uno según podía comprender (Mc.4,33), entró en contacto con ellas (Mt.8,1-4), comió con ellas (Mc.2,15), fue a su casa (Lc.19,1-10) y las recibió en la suya (Mt.9,10-13) y se identificó con las más olvidadas (Mt.25,34-40)

Los Hechos de los Apóstoles testimonian que el Evangelio provocó que los discípulos se preocuparan de vivir en comunión: “Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones... Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaban la comunidad con aquellos que debían salvarse.” (Hch.2,42-47)

En esta línea Pablo salió al cruce de la problemática que dividía a los primeros cristianos y el riesgo de convertirse en una secta al rechazar a los que no venían del judaísmo. Los que se reconocían “circuncisos” (judíos) excluían de los dones de Dios a los que llamaban “incircuncisos” (paganos). Aquellos, que se consideraban capaces de los dones de Dios por su circuncisión, trababan a los incircuncisos como incapaces de los mismos.

Él les recuerda que la salvación traída por Jesús es un don, no es por la capacidad de los hombres. Todos “han sido salvados por su gracia, mediante la fe. Esto no proviene de ustedes, sino que es un don de Dios; y no es el resultado de las obras, para que nadie se gloríe. Nosotros somos creación suya: fuimos creados en Cristo Jesús, a fin de realizar aquellas buenas obras, que Dios preparó de antemano para que las practicáramos.” (Ef. 2,8-10).

Se puede ver que los discípulos comprendieron que el obrar de Jesús buscó provocar la unión de todos los hombres: “Porque Cristo es nuestra paz: él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba. Así creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz destruyendo la enemistad en su persona.” (Ef.2,14-16).

No fue fácil para los primeros cristianos librarse de las concepciones judías negativas. Así vuelven continuamente sobre las enseñanzas y el actuar de Jesús que se opuso al sectarismo de aquellos que se consideraban más dignos o mejores que otros (Lc.18,9-14).

Pablo les recuerda a los Corintios que hay que tomar conciencia acerca de quiénes han sido convocados: “Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre ustedes muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios. Por él, ustedes están unidos a Cristo Jesús, que por disposición de Dios, se convirtió para nosotros en sabiduría y justicia, en santificación y redención, a fin de que, como está escrito: "El que se gloría, que se gloríe en el Señor".” (1Cor.1,26-31)

Hay clara conciencia de que el Evangelio se anuncia y se muestra en la vida comunitaria, en el amor que se tengan los discípulos entre sí, en el hacerse prójimos, en el reconocimiento de todos los hombres y en la amistad que se ofrece a todo hombre (Jn.13,35).

- **La vida y el actuar de la Iglesia**

La obra de la Iglesia ha sido en todos los tiempos anunciar a todos los hombres la acción salvadora y renovadora de Jesús en bien de la humanidad.

Ella misma fue comprendiendo cada vez más la profundidad y alcance de la Buena Nueva de Jesús gracias a la acción del Espíritu Santo en el encuentro con las diversos rostros humanos y las situaciones que enfrentan.

A medida que la comunidad cristiana fue creciendo en miembros y en presencia en la sociedad en diversos lugares del mundo y en reflexión, su tarea fue diferenciándose y complejizándose porque las realidades que se enfrentaban así lo requería.

Los Hechos de los Apóstoles dan testimonio de cómo fue necesario organizarse para responder a las necesidades de la comunidad: “En aquellos días, como el número de discípulos aumentaba, los helenistas comenzaron a murmurar contra los hebreos porque se desatendía a sus viudas en la distribución diaria de los alimentos. Entonces los Doce convocaron a todos los discípulos y les dijeron: No es justo que descuidemos el ministerio de la Palabra de Dios para ocuparnos de servir las mesas. Es preferible, hermanos, que busquen entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y nosotros les encargaremos esta tarea. De esa manera, podremos dedicarnos a la oración y al ministerio de la Palabra” (Hch. 6,1-4)

Con el tiempo esta tarea se denominó “la pastoral de la Iglesia”. Ella puede comprenderse como la acción en general de la Iglesia o las diversas acciones por las cuales se anuncia y se ofrece el don de Dios a los hombres en sus diversas circunstancias.

Sin entrar en detalles sobre esta realidad, ya que el fin de este escrito no es hacer una historia de la pastoral de la Iglesia, se puede decir que este término se fue distinguiendo según los destinatarios, la problemática a encarar o el ámbito donde se desarrollaba (pastoral de niños, pastoral universitaria, pastoral de la salud, pastoral de los enfermos, pastoral de los trabajadores o del mundo del trabajo, pastoral educativa, pastoral familiar, pastoral juvenil, pastoral carcelaria, pastoral de las villas, pastoral militar, pastoral de las personas con discapacidad, etc.).

También se comenzó a hablar de una pastoral ordinaria, la que se dirige a la población en general, y de una pastoral específica, la que se destina a un individuo o ámbito particular. Este planteo que parece adecuado guarda en sí mismo una trampa porque pareciera que ocuparse de esas realidades llamadas “especiales” no fuera parte de la tarea ordinaria/diaria de la Iglesia, sino responsabilidad de algunos agentes especializados en las mismas y que debe llevarse en ámbitos diferentes a los que acceden la mayoría de los cristianos.

Todas las pastorales, si así se pudieran denominar, son ordinarias porque son la actividad de la Iglesia que recorre el camino de los hombres en la situación que se encuentran. No hay pastoral especial porque no hay personas especiales, a lo sumo pueden diferenciarse por el ámbito dónde se realizan (hospitales, internados, escuelas, cárceles, etc.), porque los mismos tienen características que condicionan la actividad que se va a realizar.

Conviene iluminar esto con el bello texto de Juan Pablo II en *Redemptor Hominis*: “El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social – en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad- este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio del Encarnación y de Redención.” (14).

Plantear que hay personas a las que solamente algunos agentes de pastoral se pueden dedicar de manera casi excluyente y fuera de los ámbitos comunes, atenta contra aquello que es propio de la Iglesia, el ser comunidad. Si se acepta esto se corre el riesgo de que la comunidad eclesial se divida en sectores cerrados, compartimentos estancos, que excluyen de la vida común a ciertas personas, cuando el gran desafío es lograr vivir en comunión, compartiendo las propias experiencias y lo que Jesús nos regala.

Es cierto que toda acción evangelizadora tiene que adaptarse a los destinatarios tanto en su individualidad como al contexto en que viven, pero hay que estar atentos a que algunos, que no son pocos, queden al margen de la vida ordinaria de la Iglesia y relegados a especialistas, cuando la comunidad tiene que ser capaz de incluir a todas las personas.

No hay que olvidar el ejemplo de la primitiva comunidad que se centraba en la vida común, en el estar unidos íntimamente, en estar juntos, en el ser prójimos. En ella los diversos dones están al servicio de la construcción de la comunidad, de la Iglesia.

Así Pablo, a los que ponen el acento en carismas particulares, dice en la primera carta a los Corintios (14,12): “Así ya que ustedes ambicionan tanto los dones espirituales, procuren abundar en aquellos que sirven para edificación de la comunidad.”

➤ **El actuar de Jesús y la primitiva iglesia**

En tiempos anteriores a Jesús y contemporáneos a él muchas sociedades consideraban que las personas con deficiencias no respondían a su ideal de ser humano y, por lo tanto, no podían ser parte de la comunidad.

Israel, influenciado por tradiciones de otros pueblos, consideraba que estas realidades eran fruto de un castigo divino por un pecado cometido por la persona o por sus padres y por temor a recibir también un castigo por parte de Dios por mantener relación con ellos se los excluía de la comunidad.

A su vez se rechazaban las personas con severas enfermedades y deficiencias porque se consideraba que eran fruto del actuar de fuerzas oscuras negativas externas al hombre (los demonios, los espíritus impuros, etc.).

En el libro de Job apareció un planteo que no consideraba que las enfermedades y los males tuvieran un origen divino, sino que eran algo natural. Pero esta concepción no fue muy tenida en cuenta.

En el relato de la curación de un ciego de nacimiento los discípulos de Jesús le preguntaron acerca de quién era la responsabilidad de su deficiencia, quiénes habían pecado, él les respondió: “Ni él ni sus padres pecaron”. Por lo tanto, para Jesús la deficiencia no era un castigo divino por un pecado cometido, sino algo de la naturaleza humana. Esta enseñanza no entró en la conciencia de la comunidad cristiana ya que continuó manteniendo los prejuicios

provenientes del pueblo semítico y que a su vez los trasladó a lo largo de los siglos venideros asumiendo incluso nuevas creencias negativas hacia estas personas.

Jesús trató a todas las personas como merecedoras de todo respeto, no hizo distinción negativa de personas, incluyó a todos rompiendo la exclusión proveniente de los prejuicios de su época y valoró a cada uno desde sí.

El Evangelio da testimonio de cómo Jesús cuestionó los prejuicios y estructuras sociales apoyadas en concepciones que impedían aceptar el origen natural de las deficiencias y el protagonismo de estas personas en la comunidad.

Las imágenes y las expresiones presentes en el Evangelio que relacionaban las deficiencias o las enfermedades con la acción de demonios o espíritus impuros y con exorcismos y milagros, no buscaban afirmar necesariamente la acción de fuerzas oscuras sobre el ser humano, sino que Jesús y los evangelistas las usaron por ser las formas de su época para referirse a dichas situaciones complejas y como medio para transmitir la obra de Dios que enfrenta todo mal, toda oscuridad, todo prejuicio que aliena a los hombres, desfigura su identidad y desarrolla estructuras o relaciones que deshumanizan y aíslan.

Dado que posteriormente este lenguaje fue interpretado literalmente se sostuvieron en el tiempo imágenes y consideraciones muy negativas de las deficiencias y de quienes las poseían.

Lamentablemente no se tuvo muy en cuenta que Jesús enseñara que Dios revela sus misterios a los pequeños (a los cortos de mentes) y los oculta a los sabios e inteligentes (los doctores de la Ley de quienes se espera la Palabra de Dios). Desde una interpretación alegórica de la Palabra de Dios se pensó que esos pequeños eran los humildes y así se dejó de lado la fuerte contraposición planteada por Jesús entre inteligentes y cortos de mente.

De esta manera siguió presente la concepción de que Dios se muestra a quienes tienen ciertos méritos, ciertas actitudes positivas. No se tuvo tan en cuenta que Dios se dirige a quien Él quiere y que nadie puede considerarse merecedor o con mejores condiciones para recibir su misterio.

La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, se acercó a todo hombre que sufría alguna dolencia y exclusión, pero esto no implicó que se superara la perspectiva asistencialista y los prejuicios existentes.

➤ **Las respuestas de un momento que no son respuestas para el hoy**

Con el tiempo los cristianos generaron múltiples servicios (visitas a las casas, hospitales para los pobres y enfermos en los que se recuperaron los saberes médicos de la antigüedad, asilos que permitieron su supervivencia, etc.).

La Iglesia invitó a dejar a los niños rechazados en los templos. Así se crearon instituciones donde poder albergarlos y con el tiempo se fue revirtiendo la costumbre del infanticidio. De esta

manera los niños con deficiencias contaron con la oportunidad de desarrollarse y así estas dejaron de ser consideradas permanentes e inmutables.

Ellos participaban de la vida sacramental por el hecho de ser niños y así sus deficiencias no llegaban a ser percibidas por su corta edad.

La minusvaloración de estas personas y la concepción asistencialista de la caridad generaron actitudes de sobreprotección que afirmaron su situación de exclusión y la creación de servicios de alojamiento generalmente despersonalizantes y enajenantes aunque fueron desarrollados con el objetivo de ayudarlos a crecer.

Es cierto que hubo excepciones en esto, ya que fueron muchos los que practicaron el llamado "trato humanitario" que las valoraba positivamente y les ofrecía mejores condiciones de vida. Se comenzaron a rechazar las concepciones demonológicas presentes en ciertos pensamientos eclesiales.

En el Evangelio había elementos para considerar a estas personas como miembros plenos de la Iglesia y no reducir las a su limitación, pero las tradiciones, que las desvalorizaban, llevaban a que se pensase que su condición les impedía estar a la par de los demás miembros de la comunidad.

Así estas personas lejos de ser "piedras vivas" o "constructores del templo de la Iglesia" por su propio protagonismo, lo eran por su condición especial de ser "incapaces" y por el sufrimiento que podían ofrecer por la Iglesia, que atraía la mirada de Dios.

Esta práctica redujo a estas personas a un lugar determinado en la sociedad donde se pensaba que se lo cuidaba de sí y del entorno. Nada se esperaba de ellas, muchos las consideraban una carga económica y afectiva para la familia y un riesgo para la sociedad.

La atención "novedosa", bien intencionada y cargada de humanismo, que buscaba un trato respetuoso de la persona y su dignidad, no logró implantar la profunda liberación que Jesús anunció y provocó y que el Evangelio transmitía, pero que no era generalmente así comprendido.

Los avances que se lograron fueron motivados más que nada por la caridad al pobre y al sufriente que por la revalorización del sujeto con deficiencia como una persona valiosa por sí misma.

Los elementos que permitieron comprender mejor su problemáticas y las categorías que posibilitaron expresar lo que experimentaban tardaron en aparecer.

Los condicionamientos culturales, las concepciones de cada época, los prejuicios y las tradiciones eran tan fuertes que oscurecían la mirada impidiendo ver más allá de su punto de vista.

La tradición cultural tenía tanto peso, tanta fuerza, tanta autoridad que hacía casi imposible que se la cuestionase y aún más cuando se la relacionaba con la enseñanza divina, aunque no faltaron testimonios de nuevas consideraciones.

La tradición demonológica ha influenciado de tal manera la mentalidad misma de los miembros de la Iglesia que ha llevado incluso a comprender la deficiencia casi únicamente desde esta perspectiva, ocultando la novedad del Evangelio con respecto a ella.

En la época de la revolución industrial la capacidad productiva, como valor para ser parte activa de la sociedad, se exaltó de tal manera que aumentó la exclusión de las personas con deficiencia y creció la consideración de estas como una carga para el resto de la sociedad por ser improductivos. Esta idea se fue trasladando a lo largo del tiempo.

Si bien el saber científico y la reflexión permitieron nuevas maneras de considerar la deficiencia, no se logró establecer en la sociedad la valoración de la dignidad de estas personas. Se llegó a afirmar que su vida era indigna de ser vivida y por tanto descartable. Durante las primeras décadas del siglo XX se desarrolló una mentalidad de rechazo que se plasmó en prácticas organizadas de exterminio, de promoción del aborto, de leyes que impedían que estas personas contrajeran matrimonio o tuvieran hijos y de segregación en instituciones.

En la Iglesia se desarrolló un discurso pietista sobre su condición. Pasaron a ser los pobrecitos, los inocentes, seres especiales que Dios envía a este mundo terrible para mostrarle los verdaderos valores de la vida, seres bondadosos e incapaces de hacer el mal y de bondad modelos para la comunidad, salvadores de la humanidad corrompida.

Ya que la razón de la exclusión era la deficiencia, había que superarla, hacerse capaz, para poder integrarse a la comunidad. De aquí el gran desarrollo de la rehabilitación.

En los años 70 se planteó que era el entorno el que discapacitaba con su falta de adecuación a los requerimientos de estas personas, el que generaba la exclusión. La falta de recursos económicos y políticas para este sector de la población era por la desvalorización que se tenía hacia estas personas.

Esta perspectiva en cierta manera ya estaba presente en la mirada sociológica que los profetas tenían sobre los pobres. Para ellos era la sociedad la que los excluía por ser pobres y entre estos estaban las personas con deficiencia. Esto mismo se ve en el Evangelio. En el relato del hombre poseído por un espíritu impuro (Mc.5) se ve claro que es la sociedad organizada desde ciertos valores quien lo excluye y lo aísla porque no acepta adecuarse a las exigencias del entorno. En ella hay un espíritu violento que rechaza a quien no se deja imponer una forma de ser. Ella no está dispuesta a aceptar transformar sus ideales, su estructura, para ser un lugar donde todos sean incluidos desde sí. Una sociedad para todos implica transformaciones que son consideradas un costo para aquellos que se consideran la medida de la humanidad. Ese costo está representado en la pérdida de los cerdos que implicó la expulsión de aquello que impedía la inclusión de este hombre.

Ciertas propuestas de participación en la misión de la Iglesia se fundaron en la unión de la deficiencia con el sufrimiento, en la consideración de ser incapaces para hacer lo que los demás hacían y así se los redujo a ofrecer su dolor como ofrenda reparadora por el mal en el mundo, como fuerza silenciosa que obra en el corazón de muchos la conversión, como sostén de los evangelizadores y su misión.

Esta espiritualidad fue durante mucho tiempo como casi la única manera de participación en la misión de la Iglesia partiendo de una particular comprensión de la frase de Pablo: “sufro en mi carne lo que falta a la cruz de Cristo” (Col.1,24) que interpretaba estos sufrimientos como los dolores humanos de cualquier especie, cuando aquí está haciendo referencia a las dificultades que se siguen de anunciar el Evangelio.

Desde esta perspectiva eran tenidos como faros que atraían la mirada de Dios por su situación desfavorable, por su deficiencia y por su sufrimiento redentor asociado a la cruz de Cristo. Así se los valoraba como una ofrenda que calmaba la ira de Dios o abría su generosidad a los hombres. Eran y son considerados como presencia del Cristo sufriente.

A partir de la mitad del siglo XX ciertos movimientos eclesiales plantearon que no había que identificar la deficiencia con la enfermedad, que estas personas podían participar activamente en la comunidad y en la evangelización, que se debían generar propuestas que debían respetar la individualidad y promover la inclusión social evitando todo aislamiento.

En las últimas décadas del siglo XX y primeras del siglo XXI las enseñanzas pontificias y documentos de algunas conferencias episcopales trataron específicamente diversas temáticas referidas a las personas con discapacidad y se insistió en su inclusión tanto a nivel social como eclesial.

- **La inclusión de toda persona con su singularidad, una actitud a desarrollar en la vida de la Iglesia.**

Jesús ha venido a liberar al hombre del pecado, de aquello que origina formas de pensar y de actuar y estructuras sociales que excluyen a determinadas personas desconociendo su dignidad e impidiendo su participación en todos los ámbitos de la sociedad y de la comunidad religiosa.

Él se ha opuesto a que se considere a ciertas personas como incapaces, imperfectas, una carga para los demás y, por tanto, su exclusión del entorno social. Cuestiona la sociedad en la que sólo se da lugar a los que son considerados capaces, mejores que los demás, más importantes que otros. Él llama a valorar a toda persona y a organizar la sociedad para que todos los individuos sean parte y dado que los seres humanos suelen tender a dejar de lado a quienes presentan debilidad, fragilidad o dificultades, llamó la atención para que en particular se dirija el actuar hacia ellas y se planifiquen las estructuras sociales y todas las actividades desde estas personas y sus propios requerimientos.

Su mensaje era un llamado a la inclusión de todos los hombres no sólo a nivel religioso sino también social. Tenía discípulos cuando en aquella época se infravaloraba a tal punto que se les

impedía el acceso a la Palabra de Dios. Comía con publicanos y pecadores, se acercaba a borrachos y ladrones, tocaba a los leprosos, estaba con los niños. Todos los criterios religiosos de su época que excluían a ciertas personas por su actuar o condición fueron cuestionados por Jesús.

Lamentablemente la comunidad creyente, que se ha ocupado de tantas maneras de los excluidos, no siempre supo ni sabe discernir formas de pensar que excluyen a ciertas personas del acceso a la vida ordinaria.

Es cierto que hubo iniciativas que buscaron desarrollar la investigación, la rehabilitación y la aparatología a fin de promover su desarrollo integral.

La inclusión implica justamente que toda la sociedad, sus organismos, ambientes y actividades se piensen de tal manera que permitan la presencia y el actuar de todas las personas según sus posibilidades. Esto lleva a que la sociedad y la Iglesia se replanteen su organización porque ellas se estructuraron para cierto tipo de personas. También la comunidad cristiana no siempre ha tenido en cuenta a esta población.

El Documento de la Santa Sede con motivo al año internacional de las personas con discapacidad (1981) afirmó que dado que la persona con discapacidad es “un sujeto con todos sus derechos, se le debe facilitar la participación en la vida de la sociedad en todas las dimensiones y a todos los niveles accesibles a sus posibilidades”.

Durante la Jornada de las personas con discapacidad del Jubileo del Año 2000 el Papa Juan Pablo II propuso: “...una mentalidad abierta a la integración social. Esa mentalidad promueve un estilo de convivencia en el que las personas se reconocen sobre la base de la misma dignidad, sin pietismos ni asistencialismos. Ya se han dado muchos pasos en esta dirección. En efecto, esta jornada quiere reafirmar que es posible una sociedad solidaria, si se aprende a reconocer y encontrar en el otro, ante todo y siempre, a la persona.”

“En nombre de Cristo, la Iglesia se compromete a ser para ustedes cada vez más "casa acogedora". Sabemos que el discapacitado —persona única e irreplicable en su dignidad igual e inviolable— no sólo requiere atención, sino ante todo amor que se transforme en reconocimiento, respeto e integración...”

El Papa Francisco en el Congreso para personas con discapacidad organizado por la Conferencia Episcopal Italiana (11-6-2016) dijo: “En la Iglesia, gracias a Dios, se cuenta con una difundida atención a la discapacidad en sus formas física, mental y sensorial, y una actitud de general acogida. Sin embargo, a nuestras comunidades aún les cuesta practicar una verdadera inclusión, una participación plena que al final llegue a ser ordinaria, normal. Y esto requiere no sólo técnicas y programas específicos, sino ante todo reconocimiento y acogida de los rostros, tenaz y paciente certeza que cada persona es única e irreplicable, y cada rostro que se excluye es un empobrecimiento de la comunidad.”

“También en este ámbito es decisiva la implicación de las familias, que piden ser no sólo acogidas, sino estimuladas y alentadas. Que nuestras comunidades cristianas sean «casas» donde el sufrimiento encuentre compasión, donde cada familia con su carga de dolor y fatiga pueda sentirse comprendida y respetada en su dignidad. Como expresé en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, «la atención dedicada tanto a los migrantes como a las personas con discapacidades es un signo del Espíritu. Porque ambas situaciones son paradigmáticas: ponen especialmente en juego cómo se vive hoy la lógica de la acogida misericordiosa y de la integración de los más frágiles» (n. 47).”

En el mensaje con motivo del Día Internacional de las personas con discapacidad del 2020 afirmó: “...una primera «roca» sobre la que se deba edificar nuestra casa es la inclusión. Aunque a veces se abusa de este término, sigue siendo actual la parábola evangélica del Buen Samaritano (cf. Lc. 10,25-37). De hecho, a menudo nos encontramos en el camino de la vida con personas heridas, que en ocasiones llevan precisamente los rasgos de la discapacidad y la fragilidad. «La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos. Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo» (FT, 69).

La inclusión debería ser la «roca» sobre la que las instituciones civiles construyan programas e iniciativas, para que nadie quede excluido, especialmente quienes se encuentran en mayor dificultad. La fuerza de una cadena depende del cuidado que se dé a los eslabones más débiles.

...Que las comunidades parroquiales se comprometan a que se desarrolle en los fieles el estilo de acogida hacia las personas con discapacidad. Crear una parroquia plenamente accesible requiere no sólo que se eliminen las barreras arquitectónicas, sino que los parroquianos asuman sobre todo actitudes y acciones de solidaridad y servicio hacia las personas con discapacidad y hacia sus familias. El objetivo está en que lleguemos a dejar de hablar de ‘ellos’ y lo hagamos sólo de ‘nosotros’.”

Justamente la comunidad cristiana es fruto de la acción del Dios Uno y Trino en los creyentes: El Padre por el Hijo en el Espíritu Santo nos entrega mutuamente. De esta manera cada persona es un don para el otro. Así la Iglesia es movida continuamente a no ser simple agregación, reunión o congregación, es más, sino es comunión. El Espíritu Santo convoca a la entrega de la diversidad, de la individualidad, de la particularidad de cada uno a todos. Ella es llamada a la comunión en la diversa igualdad de cada persona. Él llama a sus miembros enriquecidos con innumerables dones a compartirlos para el bien de todos.

Jesús convoca a los hombres a amarse como Él nos ha amado, como amigos que se regalan la vida. Esta unión es plenitud de entrega ya que los amigos viven el uno en el otro, son espacio vital mutuo. Los hombres son invitados a verse admirativamente como Dios que vio que su obra era muy buena y así las personas al contemplarse se reconocen mutuamente en la positividad de la diferencia de su novedad que nadie conoce totalmente.

Por este motivo todas las personas tienen que poder encontrar en la Iglesia los medios adecuados para participar en ella, en todos sus ambientes y actividades. En la Iglesia no se debe

valorar a las personas como aptas y no aptas para participar en ella. No se les debe exigir adecuarse a los criterios culturales que los miembros de las comunidades tienen. Importa cada persona por sí misma, por ser hija de Dios, por su propia dignidad.

Como seguidores de Aquel que asumió la condición humana dejando de lado su condición divina, la comunidad cristiana tiene que preguntarse si está dispuesta a realizar todos los ajustes necesarios para que las personas con discapacidad desde su propia diversidad puedan participar en la vida de la Iglesia. Si esto no se logra la comunidad eclesial será para algunos, para los que son considerados capaces de responder a ciertas exigencias. Ahora ¿cómo se condice esto con el anuncio de Jesús que vino para que todos los hombres lleguen a ser hijos de Dios (Jn.1,12)? ¿Cómo concuerda esto con Aquel que anunció la Palabra a cada uno según podía comprender (Mc.4,33) y que revelo sus misterios a los cortos de mente y no a los doctores de la Ley (Mt.11,25-30)?

Por lo tanto, las comunidades cristianas están llamadas a comprometerse con todas las personas y a exigirse a sí mismas transformaciones intrínsecas para que ellas puedan participar activamente. Así como Jesús cuestionó la actuación de las comunidades religiosas de su tiempo que excluían a muchos y en particular a las personas con deficiencia o con enfermedades, aquellas tienen que preguntarse si existen restricciones en su interior que excluyen a estas personas o que les impiden recibir adecuadamente la Palabra de Dios y los sacramentos de manera activa y fructuosa y participar junto con los demás cristianos de la vida comunitaria y misionera.

La inclusión debe ser total e incondicional para que sea tal. Para que ella sea una realidad en la vida cotidiana de las comunidades eclesiales, debe darse una renovación en la mentalidad y en los sistemas organizativos que se han cargado de tradiciones que no han sido puestas en crisis desde la nueva manera de comprender la realidad de las personas con discapacidad. Se necesita una valoración seria de la diversidad de cada individuo que expulse los prejuicios negativos y lleve a adecuar toda la vida comunitaria y edilicia desde él mismo.

Las comunidades eclesiales deben promover que las personas con discapacidad participen activamente. Ellas mismas en primer lugar, o sus familiares o quienes los representen, cuando no lo puedan hacer por sí mismas, deben ser consultados a fin de poder hacer realidad ese logro.

Estas personas, como las demás, deben ser tenidas en cuenta tanto como destinatarias de los diversos emprendimientos que se dan en la vida de la Iglesia como responsables de su ejecución. Sobre esto se refiere tan acertadamente el Documento de la Santa Sede de 1981: "... se le instará a que no se reduzca a ser solamente un sujeto de derechos, habituado a gozar de los cuidados y de la solidaridad de los demás, en actitud de mera pasividad. No es solamente uno al que se le da; debe ser ayudado para que se convierta en uno que da a su vez y en la medida de todas sus propias posibilidades. Un momento importante y decisivo en su formación habrá sido logrado cuando haya adquirido conciencia de su dignidad y de sus valores y se haya dado cuenta de que se espera algo de él, y que también él puede y debe contribuir al progreso y al bien de su familia y de la comunidad. Debe tener de sí mismo una idea realista, es cierto; pero no menos

positiva; haciéndose reconocer como persona en condiciones de asumir responsabilidades, capaz de querer y colaborar.”

La inclusión en la vida ordinaria de la Iglesia implica que ellas sean protagonistas, sujetos activos, donde deseen y con el modo que decidan hacerlo. Esto obliga a replantearse una mentalidad que sólo ve en estas personas a alguien que requiere servicios, ayuda especializada, que reduce su presencia a ciertos espacios o actividades diseñadas especialmente, que las valora por considerarlas buenas, angelicales y queridas por Dios por su situación.

La actitud inclusiva, que Jesús tuvo y de la que el Papa Francisco hace referencia, implica respeto y valoración de cada persona tal cual es y capacidad de caminar junto a ella como un igual, su voz debe ser escuchada, su perspectiva comprendida y su ritmo y capacidad aceptados y sumados a la tarea común en ámbitos y propuestas adecuados a sus requerimientos.

Es conveniente aclarar que tomar medidas para superar las restricciones no asegura que haya una mentalidad inclusiva en el seno de la comunidad y en la de cada miembro. Para esto es necesario realizar una seria reflexión sobre los criterios existentes y la consideración de cada persona desde sí misma, porque lamentablemente el espíritu que excluye es muy fino y silencioso, se esconde bajo razones entendibles, y formas de mirar, de pensar, de hacer, de escuchar, de “normalidad” y de buena voluntad. Por eso es muy importante la participación principalmente de las propias personas con discapacidad y, aunque no excluye lo recién dicho, de personas conocedoras de esta realidad.

Si bien hay que evaluar la generación de servicios para responder a sus necesidades, hay que evitar que se reduzca su presencia a estos emprendimientos o algunas áreas de la vida eclesial (catequesis, liturgia, oración, etc.).

Siguiendo el ejemplo de Jesús y de la comunidad primitiva conformada por diversos miembros sin distinciones, es necesario que la Iglesia lleve adelante gestos que anuncien y hagan efectiva la liberación que el Evangelio trae de los prejuicios estigmatizantes, discriminatorios y marginadores que existen en el corazón de las personas y en las estructuras sociales.

La decisión al tomar medidas para hacer accesibles integralmente a las comunidades las ponen claramente en la disyuntiva sobre qué es lo más importante: el hombre o el edificio.

Con cuanta facilidad se olvida la afirmación que transmite el Evangelio de Marcos (4,33): “Jesús anunciaba la Palabra a cada uno según podía comprender.” Él no tenía una palabra para unos y otra para otros, lo que el Señor hacía era adecuarse a su manera de comprender para anunciar la única Palabra a todos.

Esto se ve expresado en el n°146 del Directorio Catequístico de 1997: “Queriendo hablar a los hombres como a amigos, Dios manifiesta de modo particular su pedagogía adaptando con solícita providencia su modo de hablar a nuestra condición terrena. Eso comporta para la catequesis la tarea nunca acabada de encontrar un lenguaje capaz de comunicar la Palabra de Dios y el Credo de la Iglesia, que es el desarrollo de esa Palabra, a las distintas condiciones de

los oyentes; y a la vez manteniendo la certeza de que, por la gracia de Dios, esto es posible, y de que el Espíritu Santo otorga el gozo de llevarlo a cabo. Por eso son indicaciones pedagógicas válidas para la catequesis aquellas que permiten comunicar en su totalidad la Palabra de Dios en el corazón mismo de la existencia de las personas.”

El desafío de la evangelización en cada tiempo histórico es que todos los individuos gocen de lo que Cristo nos ha conseguido: “... por Cristo, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Ef. 2,18). El acceso libre va contra toda restricción que impide vivir de manera autónoma. Todo impedimento o barrera, fruto de los estrechos criterios humanos, que impide a una persona con discapacidad acceder a los dones del Padre en el Espíritu que Jesús nos ha dado, debe ser removido para que toda persona desde su diversidad acceda a ellos y sea, si así lo desea, un activo protagonista en la misión de la Iglesia.

Es importante considerar que las respuestas, que con buen espíritu surgieron en un momento determinado de la Iglesia, pueden volverse contra el mismo hombre a quien buscaron servir, porque han cambiado las circunstancias que dieron origen. La concreción del amor al prójimo y el servicio a los hombres debe ser reevaluado continuamente desde la persona que experimenta un desarrollo, nuevas necesidades y transformaciones en su entorno.

Se deben analizar todas las estructuras y las formas de pensar desde la perspectiva del respeto a la dignidad del ser humano. El modo de comprender el Evangelio en cada época y las estructuras que buscan hacer llegar el mismo a la gente deben evaluarse con la luz que el Espíritu Santo regala continuamente y con la voz de los hombres que expresan necesidades humanas o dimensiones olvidadas o no descubiertas. La limitada comprensión del Evangelio y de los problemas humanos no deben oscurecer la luz que el Señor trajo a nuestras vidas. Hay que evitar que las tradiciones de una época encierren la luz de vida que el Evangelio ofrece.

- **Algunas apreciaciones puntuales**

- Se suele incluir la preocupación por las personas con discapacidad desde la pastoral de la salud, pero por lo dicho queda claro que no corresponde exclusivamente a ella.

Sobre esto dice de manera muy acertada el documento de la Arquidiócesis de Madrid: “Tradicionalmente la pastoral con personas con discapacidad se ha abordado desde la pastoral de la salud. Esta decisión, sin cuestionar la buena voluntad que la sustenta, es una situación que ha tenido dos consecuencias fundamentales: la primera, se ha desdibujado la realidad de la discapacidad, la cual no es una enfermedad en sí, a pesar de que muchas veces ambas concurren juntas; la segunda, ha provocado un sentimiento de incompreensión en las personas con discapacidad, quienes no se sienten reconocidas en su singularidad...”

- Se incluyen personas, no diagnósticos ni deficiencias ni discapacidades

La persona no puede ser reducida a un diagnóstico ya que ella es más que este, como tampoco a una deficiencia o discapacidad.

La persona, en diálogo con Dios y la realidad eclesial y social, es quien define el lugar donde desea participar en la Iglesia y los caminos adecuados para lograrlo.

No hay un lugar predeterminado para las personas con discapacidad. Como las demás personas, ellas también deciden dónde vivir su compromiso en la Iglesia y en la realidad social.

Elas deben encontrar todas las oportunidades que les permitan su libre participación, de no ser así se reducirá su presencia en los ámbitos que otros consideran que pueden estar.

➤ **Transversalidad de la realidad de las personas con discapacidad**

Las personas con discapacidad son niños, jóvenes, adultos, casados o solteros, consagrados, ministros ordenados, trabajadores, estudiantes, deportistas, pueden estar rehabilitándose o realizando tratamientos para su salud, son creyentes o no, en situación de pobreza, etc. En síntesis, están presentes en todas las realidades humanas y, por lo tanto, todos los ámbitos de la actividad eclesial deben tenerlas en cuenta.

Los requerimientos particulares debidos a sus necesidades o intereses deberán ser asumidos en las diversas dimensiones de la pastoral.

Esto no implica que no haya ciertas actividades dirigidas particularmente a ellas dadas las necesidades e intereses específicos que presenten y que según sus requerimientos implicarán determinadas dinámicas, ritmos y adecuaciones o quizás contar con la participación de agentes de pastoral o profesionales especialmente capacitados.

Dado que esta tarea implica una toma de conciencia en la comunidad eclesial es conveniente contar con un equipo formado por personas con discapacidad y agentes entendidos en esta realidad que ayuden a promover su inclusión en las diferentes dimensiones de la vida eclesial.

➤ **Anuncio profético hacia adentro y hacia fuera de la Iglesia.**

Así como la Iglesia suele denunciar situaciones de injusticia que experimentan determinadas personas en la vida cotidiana, también es importante que haga conocer las realidades injustas que sufren las personas con discapacidad. Generalmente las mismas son desconocidas por los pastores y agentes de pastoral y, por lo tanto, no suelen estar presentes en las intervenciones que la Iglesia realiza cuestionando la realidad social y política.

También en el seno de la comunidad cristiana las personas con discapacidad enfrentan situaciones que no respetan su condición y sus derechos. Ella debe juzgarse a sí misma las mismas.

➤ **Revisión del lenguaje usado en la Iglesia**

La cuestión de la terminología para referirse a estas personas no es una moda, sino que ella expresa la valoración que se tiene sobre ellas y la concepción sobre su condición. Por eso es

importante que se analice la manera que en la vida ordinaria y en los documentos eclesiales se hace referencia a estas personas y sus requerimientos.

- **Algunas conclusiones**

Jesús vino para trabajar con los hombres en la eliminación de las restricciones que impiden su participación en las diversas dimensiones de la vida generadas por los prejuicios presentes en las personas y en su manera de concebir la vida. Él envió su Espíritu para transformar el corazón duro que es incapaz de recibir a cada persona con su particularidad.

Esta tarea debe poder realizarse también en la Iglesia ya que no está libre de prejuicios.

En Pentecostés el Espíritu Santo unió a los hombres de diversas lenguas. Ese es el actuar de Dios que quiere que todos los hombres se integren. Para el Dios uno en tres Personas la unión de la humanidad es la comunión de la diversidad de las personas. Él viene a provocar la paz que es fruto de la integración de todos los hombres y que transforma la desolación que existe en el mundo, fruto de la lejanía de los hombres entre sí.

La real participación de todas las personas en la vida ordinaria de la Iglesia es fruto de la fuerza renovadora de Aquel que convocó a todos a su mesa y de la acción del Espíritu Santo que hace reconocer que todos los individuos son dones para la construcción de la comunión humana.

La unión de las personas provocada por Dios es su bendición para el mundo porque así los hombres ponen en común los dones con que Dios los ha enriquecido: “¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos! Allí el Señor da su bendición, la vida para siempre” (Salmo 133).

Toda actividad en la Iglesia debe tener conciencia de que las personas con discapacidad deben poder encontrar oportunidades para participar en ella de manera ordinaria.

La capacidad de inclusión de cada persona desde su diversidad es una actitud de toda la vida de la Iglesia.

La Iglesia tiene que valorar las acciones específicamente dirigidas a las personas con discapacidad como parte de su dinámica ordinaria y desarrollar propuestas abiertas a todos los individuos.

Los miembros de la Iglesia en su tarea tienen que evitar que los muros que separaban a los hombres y que Jesús derribó, vuelvan a ser levantados. Seguramente no es lo que se quiere, pero es lo que fácticamente puede suceder cuando se generan espacios específicos.

La comunidad cristiana junto con las mismas personas con discapacidad o con quienes conocen su realidad tiene que evaluar seriamente qué impedimentos existen tanto a nivel como en sus actitudes para con estas personas.

Es importante contar con los recursos materiales y humanos que respondan a las diversas formas de comunicación y de acceso al material escrito y oral que se suele usar en la Iglesia.

Detectar la representación negativa o prejuiciosa que se tiene en cada comunidad eclesial de las personas con discapacidad incluso en propuestas que buscan promover su inclusión.

Pbro. Pablo A. Molero – Noviembre 2022